

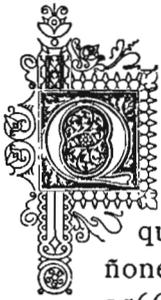


VII.

GUERRA DE LOS MORISCOS DE GRANADA.

1566-1570.

Construcción de galeras.—Venida de la armada turca á Italia.—Se retira.—Rebelión en los Países Bajos.—Tratos de Argel.—Viaje del Duque de Alba á Génova.—Naufragio en Málaga.—Nombramiento de D. Juan de Austria general de la mar.—Organización de las escuadras.—Crucero.—Alzamiento de los moriscos.—Guarda de la costa.—Otro naufragio.—Los marineros asaltando las plazas.—D. Juan de Austria concluye la guerra.



BUÉ no habría de temerse del resentimiento de Solimán al saber la derrota de su ejército en Malta? Pronto corrió el rumor de los preparativos con que se prometía vengarla: 90.000 hombres, 300 cañones, 500 naves iba reuniendo para la campaña de 1566, en la que por mar y tierra quería mostrar la fuerza de su brazo.

Siendo prudente oponerle escudo, ordenó el rey D. Felipe la rápida construcción de 80 galeras: 40 en Barcelona, 20 en Nápoles, 15 en Sicilia, seis en Génova, refuerzo considerable á la armada; mandó afianzar las plazas de África é Italia, la Goleta principalmente; ¿y Malta? La isla de los caballeros ocupaba seriamente la atención del Monarca, pues derribada la fortificación, indefensa como había quedado, mal podría resistir expugnación repetida. Don García de Toledo tenía encargo de celar con preferencia que antes de la primavera estuviéran los muros de nuevo erigidos y la isla á



cubierto. Ingenieros, gastadores, materiales, dinero, se ofrecieron sin tasa al Gran Maestre, estimulándole á trabajar activamente en la obra en que, al parecer, era el primer interesado, no siendo así. Porque la heroica defensa hubiera prostrado su energía, ó por ideas de género distinto, se aferró á la de abandono de Malta, pidiendo al Rey católico otro lugar donde albergar á la Orden de San Juan, la plaza de Siracusa, por ejemplo, entorpeciendo y demorando las operaciones de reedificación con la esperanza de ganar la demanda, y más trabajo costó á D. García de Toledo disuadirle que proporcionarle los elementos costosos de ejecución ¹. La actividad prodigiosa del Virrey de Sicilia no fué al cabo estéril; con los viajes y conferencias en Malta, como en la Goleta y en Génova, contribuyó grandemente á poner en apercibimiento las plazas y en disposición las galeras nuevas.

Descargó la ira del Sultán sobre Hungría, dirigiendo personalmente el ejército: á Piali dió menor fuerza que el año anterior. Don Juan Sanoguera, encargado de vigilar con sus dos galeras, y Juan Andrea Doria, que cruzaba también en Levante á la mira, sólo acusaron la presencia de 80 enemigas, escuadra con que seguramente no había de osar Piali volver á Malta ni atacar á la Goleta, sabiendo que tantas ó más le saldrían al encuentro. No hizo, pues, otra cosa que arriarse á la costa de Pulla con daño de Ripa de Cheti, volviendo á Morea en cuanto tuvo noticia de aproximarse la armada de D. García.

Don Felipe, el Rey, pensó utilizar el espacio que los turcos le daban, y tantas fuerzas de mar y tierra como tenía reunidas, para dar golpe decisivo á la plaza de Argel, pagando la deuda en que la dejó el Emperador ²; hiciéralo si las razones medidas de D. García de Toledo no le convencieran de que mejor le estaba diferirla, preparado á cualquier evento ³.

Era la resolución prudente, porque en este tiempo traían

¹ *Colección de documentos inéditos citada, t. xxx.*

² Carta del Rey á D. García de Toledo, fechada á 26 de Marzo de 1566.

³ Carta del Rey á D. García de Toledo, de 4 de Junio. Ambas en la *Dirección de Hidrografía. Colección Navarrete, t. xxxiii.*



revuelta á Europa cuestiones de religión, de las que no pocas veces han servido de cobertera á la conveniencia de los ambiciosos. Francia ardía en guerra intestina, atizada por los calvinistas ó *hugonotes*, favorecidos con la flojedad del Gobierno en la minoría de Carlos IX. Isabel Tudor, decidida á ser cabeza de los protestantes, perseguía encarnizadamente en Inglaterra á los de la comunión católica. Los luteranos de Alemania apoyaban contra éstos á los disidentes de todas partes, y prendiendo las chispas el incendio en los Países Bajos, al color religioso de las otras contiendas civiles se trataba de juntar el nacional, opuesto á la dominación de príncipe extranjero.

Disturbios ocurrieron asimismo en Turquía por muerte de Solimán *el Magnífico* en el campo de la guerra de Hungría, agitándose en contrarias tendencias los genizaros, el pueblo y los altos dignatarios de la Puerta. Un genovés, Juan María Renzi, conocedor de las intrigas del Serrallo, fraguó conjura en que entraban muchos renegados, ofreciendo al Rey católico, á cambio de su auxilio pecuniario, entregar ó destruir la flota é incendiar el arsenal. El trato se extendía á la escuadra corsaria de Argel, y aun á la de Trípoli; mas no pasó adelante por fallecimiento de Renzi ¹.

¹ De un modo confuso trata Cabrera de Córdoba de la conspiración (t. 1, página 526) á que hacen referencia dos cartas del Rey á D. García de Toledo, suscriptas á 20 de Agosto de 1566 y á 11 de Enero de 1567, sin dar gran importancia á las ofertas de Renzi, pero sin despreciarlas tampoco. Al Virrey encargaba diera buena acogida al genovés, y algún auxilio, procediendo con secreto y tacto; no era ésta la vez primera en que se trataba del asunto: otra carta dirigida al mismo don García, en 14 de Noviembre de 1565, recomendaba diera oídos á Pedro Quintana, síndico que fué de Menorca, esclavo de Piali en la toma de Ciudadela, posteriormente casado en Turquía, por lo que es de presumir que renegó. Contando con los parientes y paisanos que estaban aún en cautiverio, algunos empleados en el arsenal, proponía incendiar los almacenes y las galeras que en la internada estaban desarmadas, valiéndose de fuegos artificiales que había aprendido á preparar. No solicitaba recompensa hasta que su plan surtiera efecto. Las dos primeras cartas del Rey están incluidas en la mencionada *Colección de Navarrete*, t. xxxiii, y esta última en la de *Sans de Barutell, Simancas*, art. 3, núm. 191. En Argel habían intentado el incendio de la flota, por encomienda del Virrey de Mallorca, corsarios de la isla que quisieron imitar al famoso Cañete, é hicieron dos presas dentro del puerto. Consta el hecho en el mismo tomo de Navarrete, con fecha 27 de Abril de 1561, sin mentar los nombres de los ejecutores.



Entre las alteraciones indicadas iba adquiriendo la de los Países Bajos carácter de gravedad suma desde que el bando de los luteranos, reforzadó con la masa de los descontentos que se hacían llamar *gueux*, esto es, mendigos, declaró sin disimulo su inclinación á segregarse de la dependencia de España, eligiendo por caudillo á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, nombrado *el Taciturno*. Vista la ineficacia del temperamento contemplativo hubo de acudirse al de la represión, encomendándola el Rey á la dureza de carácter del Duque de Alba, al que dió título de Capitán general de tierra y mar en Flandes, con poderes extraordinarios.

Había de pasar desde España á la cabeza de un ejército de 9.000 infantes y 1.200 jinetes, elegidos unos y otros entre los soldados viejos españoles; de modo que constituían fuerza superior á la de su representación numérica. En reunirlos en el Genovesado, sacándolos de las guarniciones de Italia, Córcega y Cerdeña; en municionarlos y proveerlos, anduvieron ocupadas las galeras, distrayéndolas de la persecución del corso ¹, y aun algunas naves de transporte con las que el temporal se extremó, proporcionando mal augurio á la expedición.

Habían cargado en Málaga cantidad de bizcocho, picas, arcabuces y mosquetes, y antes de dar la vela las sorprendió uno de los levantes que suelen descargar en el Estrecho su furia incontrastable. De 29 bajeles anclados en el puerto, solamente una nave vizcaína se sostuvo sobre las amarras; las otras naufragaron en la playa, con pérdida de 80 vidas y las vituallas ².

Para el viaje del de Alba se congregaron en Cartagena 36 galeras bajo la insignia de Juan Andrea Doria, é hicieron la

¹ De aquí resultaron daños averiguados en la «Información de cómo el 30 de Mayo de 1566, á cuatro leguas de la barra de Sanlúcar, 11 galeras de turcos y moros apresaron 21 navíos de Galicia, y otros vizcaínos y portugueses, que llevaban viveres á Cádiz». Navarrete, *Biblioteca marítima*, t. III, pág. 37.

² Carta del Rey á D. García de Toledo, fechada á 16 de Febrero de 1567. *Colectión de Navarrete*, t. XXXIII.



travesía hasta Génova sin accidente ¹. El ejército emprendió la marcha en Julio por la ruta que diez y ocho siglos antes había marcado Anibal, siendo la demora ocasionada por dolencia que impidió el movimiento al Duque.

Hay en la historia figuras para las que el lector desearía inmunidad ó exención privilegiada en los efectos destructores del curso de los años. Don García de Toledo, el restaurador de la Armada española, es una de ellas. Agobiado por los achaques más que su pariente el de Alba, se vió en la precisión de exponer al Rey la imposibilidad en que estaba de seguir ejerciendo los cargos activos que le estaban confiados ², haciéndolo con la certeza de que por aquel año no saldría la armada de los turcos de sus aguas. Pero debía presumirse que lo hiciera luego juzgando por las intenciones de Selím II de emular á su padre, al decir de los bien enterados; y habiendo de poner en buenas manos el real estandarte, lo dió D. Felipe á su hermano, el ilustre D. Juan de Austria, significándole en el nombramiento, como en las especiales instrucciones para desempeño del cargo, cuánto esperaba de su gentil mocedad ³.

Comentando los despachos el cronista palaciego, escribía ⁴: «No se nace con la experiencia, y á los que dan muestra de valerosos y bien inteligentes (entre los principes) conviene ocuparlos poco á poco, para que aprendan á ser magníficos, templados, fuertes, liberales, prudentes, con gravedad en las palabras, fe en las promesas, discurso con advertencia, mostrarse á sus soldados en la vista alegres, serenos, agradables, humanos, guardando el decoro y grado conveniente á su dignidad; de manera que la familiaridad no los haga poco obedientes, y la severidad y dureza enemigos;

¹ Cabrera de Córdoba pone la salida de Cartagena en 10 de Mayo, y la llegada á Génova en 27 del mismo mes; según otros historiadores, salió la escuadra el 27 de Abril y arribó á Saona el 17 de Mayo de 1567.

² Carta fecha 1.º de Septiembre de 1567. En la citada *Colección de Navarrete*, tomo xxxv.

³ Ambos documentos contiene el tomo III de la *Colección de los inéditos para la historia de España*, págs. 304 y 311.

⁴ Cabrera de Córdoba, t. I, pág. 567.



y sobre todo, que sean elocuentes para hablarlos juntos, reduciéndolos á concordia, obediencia, ó animándolos para pelear. Porque aunque entienda el capitán, discurra, juzgue bien (que se llama razón), há menester oración, facultad de explicar lo que siente, con policia en varias lenguas, por la diversidad de naciones, con que quita el temor, enciende el ánimo y le acrecienta, descubre los engaños, promete premios, muestra los peligros, el camino de salir dellos, reprehende, ruega, amenaza, loa, vitupera, llena de esperanza. Pareció que el Rey enseñaba á su hermano por lo más difícil, que es el manejo del mar y sus acciones; porque si bien la guerra terrestre tiene más suertes, y los capitanes facilidad por la variedad de sitios y ventajas en asechanzas, sol, viento, polvo, puerto, la de mar há menester más vigor de ánimo, determinación en sí y en los que gobiernan los navios en guerra más cruel, en que traga, abrasa, consume el hierro con firmeza forzosa para salvarle cada soldado.»

Don Felipe enseñaba algo más que esto al nuevo Capitán general de la mar: unía á la doctrina medios de practicarla, eligiendo con solicitud personas que secundaran su iniciativa, y dábale elementos con que pudiera ser fecunda. Lugar-teniente general nombró á D. Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado, Embajador que era en Roma. Distribuyó el mando inferior de las gale-
 ras, trasladando para el de las de España á D. Sancho de Leyva, poniendo por cabeza de las de Nápoles á D. Alvaro de Bazán; de las de Sicilia, á D. Juan de Cardona, con divisiones de á cuatro, cuyos jefes (á quienes dió el vulgo denominación aceptada de *Cuatralvos*) fueron D. Bernardino de Velasco, D. Martín de Padilla y D. Alonso de Bazán. Capitán de la galera Real eligió á D. Juan Sanoguera, poniendo en el estado mayor personas de no menor crédito, y todas recibieron instrucciones precisas ¹.

Por otras disposiciones de alta política quedaban obligados

¹ Nombramientos é instrucciones se hallan en la *Colección de Sans de Barutell. Simancas*, art. 2.º, núm. 27 y siguientes.



á servir seis meses, cuando menos, en las galeras los caballeros de las Órdenes militares, y se facultaba para admitir en ellas como aventureros á los voluntarios. Familiarizábase de este modo con la mar á la nobleza, aficionándola á la distinción de los mandos, como se advirtió desde luego por el número de los que solicitaron seguir al estandarte á las órdenes de jefe tan calificado.

En punto á material, mandó D. Felipe renovar los asientos de los Dorias y hacer otros nuevos con los Lomelinos, Centuriones, Grimaldi, ó con caballeros españoles, Lupián, Doms, Centellas, atendiendo á que tuviera el Capitán general á su mando cien galeras armadas, cuando menos, aumento justificado con las muchas presas de corsarios ¹.

Don Juan de Austria tomó posesión de su alto destino en Cartagena, donde le esperaban juntas las galeras de España, Nápoles y Sicilia, en número de 36, con el lugarteniente don Luis de Requesens. El 2 de Junio celebró el primer Consejo, determinando la distribución de la armada de forma que en Italia quedara una buena banda de galeras á cargo de Juan Andrea Doria, y en otra salieran los jefes presentes á proteger la recalada de las flotas de Indias, por saberse que á interceptarlas habían partido de Argel hasta 30, entre galeras, galeotas y fustas.

Emprendió, pues, el Príncipe la campaña de iniciación al día siguiente, 3 de Junio, sin alargarse hasta el cabo de San Vicente por haber tenido en la mar aviso del arribo feliz de las naves indianas. Fué corriendo los puertos, cruzando de unos á otros en los lugares sospechosos en que solían apostarse los corsarios é imponiéndose de las necesidades, que hubieron de parecerle muchas. En Cartagena, Gibraltar y Cádiz echó de menos muelles y fortificaciones; en el Puerto de Santa María, lugar de invernada de las galeras de España, estimuló la instalación de hospital y capilla para los mareantes; en las posesiones de Berbería notó bien las faltas de que

¹ Hiciéronlas las galeras de Leyva, Cardona, Juan Andrea Doria y el Conde de Altamira. *Colección Navarrete*, t. XXXIV.



adolescían Orán, Mazalquivir, el Peñón de Vélez, sin puertos en que abrigar bajeles, así como las condiciones de aquellos en que se escondían las fustas moriscas ¹. Ocho meses empleó en este examen provechoso, durante el cual se mantuvieron encerradas las galeras argelinas; aunque no del todo, le privaron de las emociones de la caza ².

Hubo de ocuparse por entonces el Príncipe en las disposiciones para el viaje proyectado por el Rey á Flandes, donde se reclamaba su presencia, si bien no tardó en desistir de la idea instado por otras necesidades ³.

Á principios del año 1568 cumplía el plazo de los edictos que se habían publicado prohibiendo á los moriscos del reino de Granada, en lo sucesivo, el uso de sus trajes, ceremonias, costumbres y lengua. Ellos interpusieron súplicas é interesaron en su favor personas de influencia, esperando nuevas prórrogas en la práctica de la determinación que venía dilatándose desde que en vida del Emperador se dictó; y como se estrellaran las gestiones ante la inflexibilidad del carácter de D. Felipe, llevóles la desesperación á la resistencia que secretamente comenzaron á organizar, de manera que en día señalado fuera general el alzamiento en el territorio, y sorprendiendo á las autoridades desprevenidas y á los presidios escasos de soldados, cayera en sus manos la ciudad de Granada, juntamente con los puntos fuertes ó estratégicos.

Todo á punto en la conspiración, convocada la gente y reconocidos los jefes, incluso el Rey que abriría la serie de los granadinos nuevos, eligieron las fiestas de Natividad del

¹ ¿Sería en esta ocasión cuando se propuso obstruir la entrada de la laguna de Melilla? El Príncipe la reconoció durante su crucero, y en la relación enviada á la Señoría de Venecia por el embajador Leonardo Donato el año 1573, se dice que, por no custodiar la boca, se determinó cerrarla sumergiendo barcasas cargadas de arena. Es noticia que conviene tener en la memoria.

² Durante la campaña de D. Juan, apresó su flotá un navío y siete galeotas de corsarios, y las de Doria y Cardona siete bergantines de los que andaban en espionaje. *Colección Navarrete*, t. xxxiv.

³ El príncipe D. Carlos, irreverente con su padre, escribió por burla en papel encontrado entre sus legajos: «GRANDES Y MARAVILLOSOS VIAJES DEL REY FELIPE. De Madrid al Pardo.—Del Pardo al Escorial.—Del Escorial á Aranjuez.....»



Señor para el alzamiento, por ser época de regocijo y licencia entre los cristianos y tiempo de internada de las galeras, no habiendo, por tanto, que temer de ellas estorbo en la comunicación con Berbería, de donde vendrían prontamente (así lo creían) armas, municiones y soldados aguerridos. La petición estaba hecha de antemano á Uluch-Ali, el renegado napolitano, á la sazón Bajá de Argel en recompensa de los servicios marítimos que prestó á Solimán, y en camino de Constantinopla embajada con solicitud al Gran Señor del poderoso auxilio de su armada.

No se urdió la maquinación sin que alguna parte del secreto á tantos extendido trascendiera, alarmando al Marqués de Mondéjar, capitán general del reino; sin embargo, una banda de *monfis*, salteadores ordinarios de caminos, penetró en Granada durante la noche convenida, dando el grito de rebelión que al mismo tiempo sonaba en las poblaciones de la sierra.

El alzamiento era grandemente simpático á los mahometanos encubiertos, ó sea á la masa de la población sometida forzosamente; con todo, tímidos ó desconfiados los moriscos del barrio de Albaicín, no secundaron á la intrusión de los campesinos, dando tiempo á que los vecinos cristianos y la corta guarnición se pusieran en pie, frustrando el golpe de mano en la capital. No así en los pueblos; cundió rápidamente por ellos el movimiento, significándose con demostraciones extremadas. Proclamóse el culto de Mahoma con atropellamientos de inaudita ferocidad. Quedaba declarada la guerra de raza y de religión; guerra de exterminio ¹.

Tanto ó mayor empeño que en señorear á la ciudad de la Alhambra, tuvieron los rebeldes por apoderarse de cualquiera

¹ Don Diego Hurtado de Mendoza, en su libro clásico *Guerra de Granada*; Luis del Mármol Carvajal, *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*; Ginés Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, recogieron datos importantes al conocimiento de los sucesos que habian presenciado. Los esclarece la *Correspondencia de Felipe II y otros personajes con D. Juan de Austria sobre la guerra contra los moriscos de Granada*, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, xxviii, Madrid, 1856.



de las principales de la costa que les proporcionara puerto y lazo, por consiguiente, con los correligionarios de Berbería; así que desde los primeros momentos intentaron la ocupación de Marbella, Adra, Almería y río Almanzora. A la combinación de circunstancias fortuitas, que no á la previsión, se debió que no lo consiguieran. Fuéles también contraria la actitud de Uluch-Alí, preocupado con la conquista de Túnez, y la del gran señor Selim II, decidido á inaugurar la soberanía ganando reputación con golpe más seguro. La perspectiva de invadir á España que ante su vista desarrollaron los emisarios granadinos, asegurándole contaban con sesenta mil hombres armados en la Alpujarra, número que se duplicaría al llegar su armada con el alzamiento simultáneo de los moriscos de Valencia y de Aragón, oprimidos por el temor; la oferta de entregarle el puerto de Cartagena por base de la empresa fácil de apoderarse de toda España, no le sedujeron, ni inclinaron tampoco á Uluch-Alí los ruegos en prosa y verso redactados con gala de elocuencia oriental. Lo mismo en Argel que en Constantinopla se veía con gusto y simpatía que los moriscos dieran en qué entender al Rey católico, obligándole á mirar por su casa con descuido de las de fuera, sin conceder por ello importancia á gente tornadiza, que empezaba por querer gobernarse por sí, eligiendo Rey, en vez de demandarlo al dispensador de los favores de la protección. Dieron, pues, á los emisarios buenas palabras, alargándose sólo Uluch-Alí á consentir el concurso personal de algunos entusiastas y negociantes con restricción que sirviera á sus planes de Túnez. Vinieron por consecuencia á España, en grupos sueltos, turcos con que formaron los alzados cuerpos de escopeteros á pie y á caballo; galeotas que les trajeron artillería y munición; algunos capitanes experimentados á los que confiaron los puestos de importancia; poca cosa, en suma, para lo que esperaban, y lo que pudiera comprometer al Estado.

Cien soldados que en bergantines despachó el corregidor de Málaga bastaron para asegurar la villa de Adra, mientras llegó á guardar la costa Gil de Andrada con nueve galeras de



las del Puerto de Santa María. A favor del refuerzo, desembarcados trescientos arcabuceros con D. Juan Sanoguera, comenzó la represión, uniéndolos á las columnas de D. Francisco de Córdoba y de D. García de Villarroel, capitán en la guerra de Almería. Habían los moriscos fortificado el Peñón de Inox, á la vera de la mar, en sitio áspero y de acceso difícil, sirviéndose del lugar como de atalaya, almacén, refugio y punto de partida de algaradas hacia el interior por los estribos de la sierra. Convenía deshacer lo que á manera de nido de águilas amenazaba de continuo á los ribereños, empresa azarosa y de empeño, pero en favor de la cual, y contra los peligros de la subida, se ofrecía la entidad del botín, sabiéndose que allí guardaban los moriscos la hacienda de los pueblos alzados en toda la comarca. Esta seguridad dió alas á los soldados, ya que no menos necesitaban para trepar de noche por los riscos y asaltar, como lo hicieron, por varios lados, si á costa de siete muertos y trescientos heridos, pasando por encima de los cuerpos del alcaide turco, nombrado Cosali, y de cuatrocientos defensores suyos, para hacer presa de la bandera, y de dos mil setecientos cautivos, mujeres y niños los más, con ropas y prendas por valor de quinientos mil ducados.

Prestó la marina en la expugnación buen servicio, por lo que en los principios de toda guerra importa el éxito á la moral, empleándose seguidamente en la persecución de las galeotas argelinas, para lo que pocas resultaban las nueve galeras. Si es difícil bloquear con eficacia un puerto, ¿cuánto más no lo será poner llave á la costa?

Entrado el año 1569 con malos resultados en la reducción de los rebeldes y desconcepto de los generales del ejército, nombró el Rey á su hermano D. Juan de Austria para la dirección de la guerra, porfiada más de lo que se creía, ordenando le asistiera su lugarteniente D. Luis de Requesens, que había de embarcar en las galeras el tercio de infantería española de Nápoles.

Cumplido con rapidez el mandato, navegó hacia España con dos galeras de esta escuadra, doce de Florencia, dos de



Bendinelli Sauli, dos de Estefano de Mari, dos de Grimaldi y cuatro de Centurión, en total 24, siguiéndole á distancia D. Álvaro de Bazán, con otras tantas de las escuadras de Nápoles y Sicilia. El Comendador llegó á mediados de Marzo al golfo de Narbona, donde le tomó furioso maestral, como suelen serlo en aquella estación y sitio, donde descargan por las bocas del Ródano.

Dispersa en un momento la banda, corrieron algunas galeas hacia las Baleares y otras á Cerdeña con varia fortuna, que algunas sorbió la mar, sin que fuera posible auxiliarlas. Vióse el caso raro de embestir la Capitana de Mari por medio del costado á una compañera, é irse á pique la que hizo de ariete, salvándose la que recibió el choque. Ocho fueron las anegadas y perdidas, con 1.800 hombres, más ó menos, no saliendo del trance las demás sin gruesas averías y padecimiento de la gente, que hubo de arrojar al agua armas, ropas y pertrechos. La Capitana del Comendador tomó puerto en Mahón, descalabrada, pasando á Palamós tan luego como aflojó el viento, con objeto de reunir á las que hubieran escapado, y vióse en grave peligro de otra especie, porque los remeros turcos, viendo á la marinería rendida del trabajo, rompieron las prisiones, queriendo alzarse con el buque, y costó mucho refrenarlos, haciendo justicia en los promovedores ¹.

La opinión pública culpó al Comendador mayor como causante del siniestro, por ser más testarudo que marinero. El hecho es que las galeras estaban al ancla en Marsella ocho días hacia, en espera de tiempo favorable, cuando pasó navegando á toda vela hacia Levante la escuadra de Juan Andrea Doria. «Leva», ordenó inmediatamente D. Luis de Reque-

¹ En recuerdo del naufragio se acuñó una medalla de 58 milímetros, que muestra en el anverso el busto de D. Luis de Requesens, modelado grandiosamente, mirando á la derecha; en la circunferencia se lee LUDOVICUS RICASENTIUS MAYOR CASTILLAE COMMENDATARIUS. En el reverso, la mar, levantada por temporal, pone en peligro á una armada de galeras, algunas de las cuales zozobran; á la izquierda hay un puerto, en que otras se refugian; á la derecha, en la parte superior, un ángel con espada en la mano, contemplando las naves. El mote es FORTITUDINE AC CONSILIO. En el exergo, *Anievus f.*



sens al verlas; no se diga que las galeras del Rey pierden el tiempo mientras que otras lo aprovechan. Los capitanes procuraron disuadirle, apoyados en el parecer de los pilotos prácticos acerca del temporal reinante en el golfo. De salir con aquellas circunstancias perderían el tiempo en realidad, pues habrían de arribar necesariamente. «Leva», repitió don Luis, desoyendo las observaciones obstinado, no pudiendo desconocer que de navegar al Oeste, en opuesta dirección que Doria, tendría que luchar con el viento que al otro favorecía. Fuera del puerto, cuando empezó á notarse la violencia de la mar, hubiera podido aún evitar la desgracia volviendo al fondeadero. Cualquiera lo hiciera, dándose por convencido con la experiencia; mas ocurrióle á Alfonso de Aragón, general de las galeras de Florencia, repetir advertencias declinando su responsabilidad, y esto bastó para que el amor propio del Comendador mayor cerrara el recurso de salvación.

Terrible ceguedad la del orgullo de un caudillo.

Don Alvaro de Bazán arribó al puerto de Caller, en Cerdeña, con oportunidad para reparar á cinco de las galeras averiadas de Requesens, socorrer á los soldados, escoltarlos á Palamós, adonde fueron acudiendo los bajeles, y pasar de Barcelona á Adra, destino de la infantería. Al punto acudió por otro lado D. Sancho de Leyva, componiendo con su escuadra y las anteriores fuerza naval de verdadera consideración entonces, no ya sólo suficiente para guardar la costa y escarmentar á las fustas berberiscas, apresando muchas¹, sino para tomar activa parte en la campaña las compañías de desembarco. La que á los marinos cupo cerca de Torrox, es de contar en su loor.

Entre el lugar de Cómpeeta y la mar, desprendido de la

¹ Si ha de darse crédito á un memorial impreso que se conserva en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, E. 16, fol. 74, la escuadra de D. Sancho de Leyva tomó más de cien bajeles de Argel, galeras, galeotas ó fustas, con lo que, privados los moriscos del socorro exterior, tuvieron que someterse, acabando la guerra. Es de presumir que las presas se hicieran por todas las galeras de la guardia, y aun parecen muchas, si bien consta por diversas noticias que no cesó un punto el paso de gente ni el comercio de armas facilitado por los corsarios y judíos de Berbería, admitiendo en pago cautivos cristianos.



sierra de Bentomiz, se eleva aislado el cerro ó peñón de Frigiliana ¹, lamido por los ríos Chillar y Lautín á uno y otro lado. Por todas partes es de acceso difícil: por la del Norte está tajado, teniendo al pie barranco profundo. Los moriscos habían fortificado la posición, naturalmente fuerte, de una manera que con pocos hombres en lo alto se pudiera defender de cualquier ataque, y como anteriormente del Peñón de Inox, se servían de éste como puente á Berbería. El corregidor de Málaga, Arévalo de Zuazo, que una vez intentó forzarlo con compañía numerosa, sufrió serio descalabro, teniendo descontento. Este contratiempo trató de enmendar D. Luis de Requesens, uniendo á la tropa de la costa el tercio de Nápoles y 800 marineros de la escuadra, capitaneados por D. Martín de Padilla. Los soldados emprendieron la subida por las veredas bajo una lluvia de proyectiles, teniendo más de una vez que retroceder y repararse; ganaron, no obstante, algunas posiciones, en que pasaron la noche del 10 de Junio, dispuestos al ataque general el día siguiente, como lo hicieron con mucha fatiga y pérdida. En lo más trabado de la refriega viéronse ondear en lo alto banderas castellanas, con no menos sorpresa de los asaltantes que de los defensores; poníanlas los marineros, habiendo subido por la peña tajada del Norte, lugar que los moriscos tenían sin defensa, juzgándolo inaccesible. Ganada por este esfuerzo la espalda de los moriscos, fué espantosa la matanza, despeñándose muchos que huían de las espadas. Pasaron de 2.000 los acuchillados, quedando tres millares prisioneros; mas no se consiguió el triunfo sin que de nuestra parte cayeran 400 con duplicado número de heridos; cifras enormes, atendiendo á las de las columnas de ataque, que testifican el ardor de la pelea. La gente de las galeras sufrió más que la de las otras compañías; casi todos los capitanes salieron heridos, entre ellos D. Juan de Cárdenas, D. Alonso de Luzón, D. Luis Gaitán y Carlos de Antiñón.

(1) Según Mármol y Hurtado de Mendoza; Cabrera de Córdoba lo nombra *Fixbiana* y *Fixniana*.



El año 1570 siguiente ganó D. Juan de Austria la fuerza de Galera, en que los moriscos guardaban su soberbia; ganó sucesivamente las de Serón y Tijola en el río de Almanzora. Órgiva y el Castil de Ferro, á la lengua del agua, con guarnición de escopeteros turcos capitaneados por Hosceyn, sucumbió á lo último, atacada simultáneamente por el ejército del duque de Sesa y las galeras de D. Sancho de Leyva. La guerra concluyó.

Don Evaristo San Miguel, historiador militar de nuestros días, juzgaba que lo fué «de correrías, de ataques y defensas de puntos fuertes, en que las ventajas del valor y la disciplina estaban por nuestra parte, y por la de los moriscos la superioridad del número, el mayor conocimiento del terreno y la popularidad de la contienda». Juzgaba una felicidad que se encomendase el mando de las armas á un príncipe joven, alentado, que deseaba adquirir fama y que caminaba á su objeto por la vía más corta, pues á él se debió la conclusión de lucha tan calamitosa.

